



INVIERNO 2016 • Nº 92

EL LIBRO DE LOS NÚMEROS

Coordinador: Francisco Varo Pineda

EDITORIAL Pág. 2

SECCIÓN MONOGRÁFICA

Una generación joven y esperanzada Pág. 5
Francisco VARO

Un pueblo en marcha...
¿Y en pie de guerra?..... Pág. 15
Juan Luis DE LEÓN AZCÁRATE

La serpiente de bronce Pág. 25
Francisc RAMIS DARDER

«Me ha tocado bendecir».
El profeta Balaán, su burra y el dios
de Israel (Nm 22-24) Pág. 35
Carmen YEBRA ROVIRA

«Así bendecirás a los hijos de Israel»
(Nm 6,22-25): una bendición para
tiempos de crisis..... Pág. 45
Koldo ESTEBAN UGALDE

SECCIÓN ABIERTA

El auge del cristianismo en el mundo
antiguo. Un nuevo punto de vista..... Pág. 55
Santiago GUIJARRO

SECCIÓN DIDÁCTICA

Lo que hace verdaderamente
hermoso al desierto... Pág. 62
Juan Carlos GARCÍA DOMENE

SECCIÓN INFORMATIVA

Boletín bibliográfico y noticias..... Pág. 70

Editorial

El libro de los Números es el cuarto libro del Pentateuco. Su título proviene de la traducción griega de los Setenta, que lo denominaba así porque en su primer capítulo se recoge el resultado de un censo que Moisés y Aarón hicieron del pueblo de Israel al pie del Sinaí.

No estuvo muy afortunado quien le puso ese nombre tan poco atractivo, que parece designar algo tan aburrido como una guía de teléfonos: una lista de nombres y números sin especial interés para la lectura. Sin embargo, la realidad es muy diferente.

El nombre que recibe entre los escritores hebreos refleja mejor su contenido. Se le llama *En el desierto*, ya que lleva estas palabras en su comienzo, pero sobre todo porque aquí encontramos el relato de la estancia y peregrinación del pueblo de Israel por el desierto, desde el Sinaí hasta las estepas de Moab.

El censo con el que se abre el libro en el capítulo primero nos hace presentes la magnitud y el orden del pueblo que había salido de Egipto, una generación que había visto y experimentado grandes prodigios, pero que al final pereció en el desierto. En cambio, avanzado el libro, en el capítulo 26 encontramos otro censo, el de la siguiente generación, la de aquellos que entrarían en la tierra prometida. El contraste entre ambas generaciones nos invita a reflexionar sobre los distintos modos de ver la vida entre padres e hijos y a mirar el futuro con esperanza: no todo pasado fue mejor. De todo esto hablaremos en el primer artículo.

El pueblo de Israel se presenta en los primeros capítulos como una comunidad perfectamente organizada y en pie de guerra. Juan Luis de León nos introducirá con maestría en una lectura del libro de los Números atenta a esa segunda generación, que aparece como una comunidad floreciente, con gran actividad, organizadora y cumplidora de normas, una generación que confía y prepara la paz.

El libro de los Números está lleno de relatos acerca de diversas vicisitudes pintorescas del pueblo en su travesía por el desierto. Algunas de ellas, cargadas de interés teológico y pastoral, han tenido un notable impacto en la historia de la interpretación. El episodio de la serpiente de bronce, por ejemplo, invita a reflexionar –y el

hermoso estudio de Francesc Ramis nos ayuda a descubrirlo– sobre la estupidez de la idolatría, a la vez que sugiere dirigir la mirada hacia el Señor y hacia la hondura de la Palabra.

La figura desconcertante de Balaán y sus acciones muestran la universalidad de un Dios que se revela al margen del culto y de los profetas de Israel. Una gran maestra en la lectura de los textos bíblicos, como es Carmen Yebra, nos introduce en los episodios protagonizados por este personaje singular, con unas consideraciones finales cargadas de actualidad que, sin duda, nos invitarán a plantearnos más en serio nuestra respuesta a uno de los grandes dramas de nuestros días.

Terminaremos nuestra incursión por este libro tan interesante con una hermosísima bendición, guiados por la lectura, también cargada de consecuencias actuales, que Koldo Esteban nos ayuda a hacer. La bendición sacerdotal del libro de los Números es el texto del Antiguo Testamento del que se conserva un testimonio más antiguo: dos amuletos de plata datados en la segunda mitad del siglo VII a. C. La fórmula ha tenido gran acogida en la tradición cristiana, especialmente a partir de san Francisco de Asís, y sigue conservando fresca toda su hermosura hasta el día de hoy.

En la vida de la Iglesia, siguiendo la orientación del Nuevo Testamento, se han descubierto en el libro de los Números muchos simbolismos del peregrinar cristiano en medio de los dolores y gozos de este mundo. La Iglesia misma va avanzando en el tiempo de la historia, sometida, como aquel pueblo, a múltiples pruebas, pero con la seguridad de tener la protección de Dios, como Israel en el desierto.

Nada más lejos de la realidad que imaginar al libro de los Números como un texto monótono y aburrido. Los estudios que presentamos en este número de *Reseña Bíblica*, sin duda, estimularán nuestro interés por profundizar en este tesoro bíblico hermoso y actual.



Francisco Varo

UNA GENERACIÓN JOVEN Y ESPERANZADA



Francisco Varo

Los que se van haciendo mayores tienden a decir que antes todo era mejor, que había un orden y un respeto, que padres y maestros tenían autoridad, que las iglesias estaban llenas de gente de todas las edades... En cambio, en la Biblia no se ven las cosas con pesimismo ni nostalgia. Su mensaje es juvenil y está lleno de esperanza. En el libro de los Números encontramos una lección imborrable de optimismo en el futuro, que es propio de los hombres y mujeres de fe.

1. Dos censos, dos generaciones

En este libro, que sigue al Éxodo y al Levítico, se cuenta la larga marcha de los israelitas por el desierto desde el Sinaí hasta las estepas de Moab. A lo largo del camino, el pueblo va experimentando las dificultades de la travesía del desierto, que con frecuencia exasperan su ánimo hasta generar sentimientos de rabia y rebeldía, que se manifiestan también en su relación con Dios. Sufren, pero, a la larga, el Señor tiene misericordia de ellos y los ayuda, aunque al cabo de poco tiempo vuelven a recaer en sus pecados. Así van avanzando etapa tras etapa, y va pasando el tiempo. Los mayores envejecen y surge una nueva generación: los niños nacidos en el desierto crecen, y esos jóvenes son los que al cabo de unos años llegarán a tomar posesión de la tierra prometida.

El libro de los Números incluye dos censos completos de los israelitas. El primero corresponde a la generación que había salido de Egipto (Nm 1,1-54); el segundo es el censo de la generación siguiente, es decir, de los israelitas criados en el desierto, que son precisamente los que entrarían en la tierra prometida, y no sus padres (Nm 26,1-65).

De este modo, la estructura de todo el libro se articula como un díptico en el que se ponen frente a frente dos generaciones del pueblo de Dios en su peregrinación por el desierto. Una de ellas muere en la estepa, después de una larga serie de infidelidades (Nm 1-25), y surge otra que va organizándose con la perspectiva de tomar posesión de la tierra prometida (Nm 26-36).

La primera generación había experimentado la liberación de Egipto, había comprobado la grandeza del poder del Señor, su fidelidad y el cuidado providente que tiene de los suyos. Gozó de la cercanía de Dios,

aun en medio de las incomodidades del camino por el desierto, pero su gente estuvo más atenta a la satisfacción de sus propias necesidades de alimentación y bebida o a sus reivindicaciones de poder que a vivir de acuerdo con las prescripciones de la alianza y permanecer fieles al Señor. Tenían motivos para confiar en Dios, pero prescindían de él. Solo confiaban en sus propias fuerzas, de modo que, cuando llegó el momento definitivo de entrar a tomar posesión de la tierra

prometida, desistieron de hacerlo, disuadidos por la información presentada por los exploradores acerca de las dificultades que encontrarían. Cuando luego lo intentaron, contando con sus solas fuerzas y en contra de lo que el Señor les había dicho, fracasaron. La narración bíblica deja claro que la clave para la conquista no reside en el poderío humano, sino en la fe y en el auxilio divino.

La segunda generación, que se había criado en el desierto y cuyos miembros no habían sido testigos presenciales de los prodigios del Éxodo, se ajustó con sencillez a los planes del Señor, consultó cuando tenía dudas y actuó con fidelidad. Ellos fueron quienes, al final, tomaron posesión de la tierra que Dios había prometido a sus antepasados.

Todo el libro, en su conjunto, constituye una llamada de atención al lector para que mire con fe la sociedad en la que vive, contemple su vida y no se deje llevar por añoranzas de tiempos pasados supuestamente mejores. Aunque no haya visto a Dios tan de cerca como lo que oye decir de lo sucedido en otros momentos ni haya sido testigo de grandes milagros, sabe que eso no es lo más importante. Está llamado a formar parte de esa nueva generación que, con un género de vida en apariencia menos brillante que las anteriores, si se mantiene fiel al Señor, entrará con su pueblo en la tierra prometida.

La narración bíblica deja claro que la clave para la conquista no reside en el poderío humano, sino en la fe y en el auxilio divino.

2. El primer censo de los hijos de Israel

A este libro le dieron el nombre de Números porque su primer capítulo está lleno de ellos. En él se presenta un elenco detallado de los miembros del pueblo (sin contar a los levitas, cuyo censo se hará más adelante), organizados por tribus. En él solo se cuentan los varones mayores de veinte años, pero las cifras son muy altas:

- de Rubén, 46.500;
- de Simeón, 59.300;
- de Gad, 45.650;
- de Judá, 74.600;
- de Isacar, 54.400;
- de Zabulón, 57.400;
- de Efraín, 40.500;
- de Manasés, 32.200;
- de Benjamín, 35.400;
- de Dan, 62.700;
- de Aser, 41.500;
- de Neftalí, 53.400.

El redactor sacerdotal de este capítulo señala que el pueblo está integrado por familias, clanes y tribus, perfectamente estructurados según un orden establecido. Ese orden refleja unos lazos de relación entre las tribus de los que también ha quedado constancia en otros textos. En concreto, las cinco primeras tribus mencionadas (Rubén, Simeón –no se incluye a Leví en este censo–, Judá, Isacar y Zabulón) corresponden a los hijos de Jacob con Lía (Gn 35,23); las tres siguientes (Efraín y Manasés –los hijos de José– y Benjamín) corresponden a los hijos de Raquel (Gn 35,24); por último, Dan, Aser, Gad y Neftalí son los hijos de Jacob con Bilhá, la esclava de Raquel, y Zilpá, la esclava de Lía (Gn 35,25-26).

En total, los inscritos fueron 603.550 (Nm 1,46), una cifra enorme para un grupo de personas que vagaban por el desierto. La cifra es exactamente la misma que se mencionaba en el libro del Éxodo cuando se hablaba de las aportaciones presentadas con motivo de la construcción del santuario (Éx 38,26). Con ella se hace recapacitar al lector del Pentateuco acerca de que las promesas que Dios había hecho a los patriarcas de



que tendrían una descendencia numerosa ya se habían cumplido. Además, parece tener un valor simbólico, ya que esa cifra es exactamente la que corresponde al valor numérico de las letras que en hebreo constituyen la frase «la suma de todos los hijos de Israel», de acuerdo con el procedimiento llamado *gematría*, característico de la exégesis rabínica, pero de origen muy antiguo en la tradición literaria de Israel.

En este primer censo no se incluyen los miembros de la tribu de Leví, ya que esta tribu había sido reservada para dedicarse exclusivamente al servicio del tabernáculo. A los antes citados todavía habría que añadir 22.000 levitas (Nm 3,39).

A) UN PUEBLO BIEN ORGANIZADO, EN TORNO A SU SEÑOR

En el capítulo segundo, el pueblo es descrito en formación alrededor del tabernáculo como una asamblea santa, en perfecto orden, que acampa y avanza a través del desierto en torno a su Señor. La disposición de las doce tribus, tanto cuando están acampadas como en or-



den de marcha, tiene la figura de un cuadrado. Cada uno de sus lados lo forman tres tribus, y en el centro se sitúan los clanes levitas rodeando la tienda (Nm 2,1-34). Esta disposición de las tribus presenta al pueblo en marcha por el desierto en un marco de referencia cultural. El texto encierra una enseñanza importante: Dios está continuamente presente en medio de su pueblo y habita en medio de él.

Si en el capítulo primero ya se había apuntado que el servicio del culto exigía una dedicación especial y quedaba reservado a los miembros de la tribu de Leví, en el capítulo tercero se hace notar que también dentro de esa tribu hay una estructuración. Por una parte se muestra el origen común de sacerdotes y levitas, todos descendientes de Leví y, por tanto, de igual dignidad. Pero por otra se fundamenta la diferenciación de sus funciones como procedente de la misma constitución del pueblo en el Sinaí.

En el lugar más noble –hacia el este, frente a la entrada del santuario– acampan Moisés, Aarón y sus hijos, los sacerdotes. En los otros flancos se sitúan los distintos linajes de los levitas. A cada uno de ellos se le encomienda una función concreta en la conservación de sus enseres (Nm 3,1-51). Llama la atención la cantidad de detalles concretos acerca de las tareas que debe desempeñar cada clan levita para que las instalaciones y objetos de culto sean tratados con la dignidad y el respeto que merecen (Nm 4,1-49).

B) UNA GENERACIÓN QUE SE QUEJA ¡HASTA DE LAS COSAS BUENAS!

Después de todo lo narrado en la segunda parte del libro del Éxodo, en el Levítico y en los once primeros capítulos de Números, en que el pueblo estaba acampado al pie del monte Sinaí, llegó el momento de ponerse en marcha:

El día veinte del mes segundo del año segundo la nube se elevó de encima del tabernáculo del testimo-

nio. Los hijos de Israel se pusieron en marcha para salir del desierto del Sinaí hasta que la nube se detuvo en el desierto de Parán (Nm 11,11-12).

A partir de ahí, el pueblo va recorriendo diversas etapas por el desierto. En ese peregrinar se sitúan varias escenas acerca de las quejas del pueblo ante las dificultades con las que se va encontrando en el camino y los castigos sufridos por su infidelidad, pero en las que se manifiesta la paciencia y misericordia del Señor, que finalmente acude siempre en su ayuda.

En la primera etapa, nada más iniciarse la marcha, comenzaron las quejas:

Sucedió que el pueblo estaba quejándose amargamente a los oídos del Señor. El Señor los oyó y se enardeció su ira. El fuego del Señor se encendió sobre ellos y devoró un extremo del campamento. Y clamó el pueblo a Moisés. Moisés intercedió ante el Señor y se extinguió el fuego. Y se llamó a aquel lugar con el nombre de Taberá, porque prendió contra ellos el fuego del Señor (Nm 11,1-3).

No se especifica el motivo concreto de las quejas del pueblo, pero su actitud denota el desánimo y la pérdida de ilusión por el cansancio del largo camino.

En este breve pasaje ya se puede apreciar una estructura que, con mayor o menor extensión, se irá repitiendo en cada una de las etapas:

- una queja del pueblo ante Dios;
- el castigo divino que se abate sobre ellos;
- el clamor del pueblo;
- la intercesión de Moisés, que es escuchada por el Señor;
- el cese del castigo, que permite reanudar la marcha con la humildad de quien ha experimentado la pro-

pia debilidad, las dificultades en las que se ve envuelto cuando se aparta de Dios, pero a la vez la cercanía y el perdón del Señor, que siempre es fiel, paciente y misericordioso.

En la siguiente etapa, el motivo de las quejas fue la monotonía del maná, alimento que manifestaba el cuidado providente de Dios hacia Israel. Pero, a pesar de todo, el pueblo añoraba los alimentos de Egipto:

«Nos acordamos del pescado que estaríamos comiendo de balde en Egipto, y de los pepinos, las sandías, los puerros, las cebollas y los ajos...»

Nos acordamos del pescado que estaríamos comiendo de balde en Egipto, y de los pepinos, las sandías, los puerros, las cebollas y los ajos, pero ahora nuestra alma está reseca; no vemos nada más que maná. (El maná era como la semilla del cilantro, y su aspecto era parecido al de una resina. El pueblo salía a recogerlo y lo molían en el molino o lo machacaban en el mortero; lo cocían en la olla y hacían con él unas tortas cuyo sabor

era como el del pan con aceite. Cuando el rocío caía sobre el campamento, por la noche, también el maná descendía sobre él.) (Nm 11,5-9).

Esa falta de aprecio por los dones divinos que culmina en la protesta es manifestación de la falta de fe de una muchedumbre que está atenta a la satisfacción de sus gustos, pero ciega para reconocer los dones del Señor. No se conforman con lo que Dios les regala para subsistir, y eso que es algo muy bueno, sino que añoran sus caprichos.

Cuando el pueblo se pone de nuevo en marcha y acampan en otro lugar, comienza una nueva murmuración contra Moisés, ahora por parte de sus hermanos:

María y Aarón murmuraron contra Moisés por causa de la cusita que había tomado por esposa –pues se había desposado con una mujer cusita–, y dijeron: «¿Acaso el Señor ha hablado solo con Moisés? ¿No ha hablado también con nosotros?» (Nm 12,1-2).

En este caso, la protesta contra Moisés toma como excusa el hecho de que se había casado con una mujer extranjera. Sin embargo, la murmuración de María y de Aarón es sobre todo una reivindicación personal frente a la posición única y privilegiada de Moisés como interlocutor entre Dios y el pueblo. En el fondo de sus quejas se advierte la envidia de quien no entiende la actividad profética con actitud humilde, como un carisma al servicio del pueblo, sino como un privilegio del que gloriarse personalmente.

Siguen caminando y siguen experimentando dificultades ordinarias, que van minando su moral, hasta que estallan en una nueva queja. Esta vez, por la escasez de agua en aquellas estepas:

La comunidad no tenía agua, y se reunieron contra Moisés y contra Aarón; se rebeló el pueblo contra Moisés, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos perecido cuando nuestros hermanos perecieron ante el Señor! ¿Por qué habéis traído a la asamblea del Señor a este desierto, para que en él muramos nosotros y nuestro ganado? ¿Por qué nos habéis hecho subir desde Egipto para traernos a un lugar tan malo como este? ¡No es un sitio de siembra, ni de higueras, ni de vides, ni de granados; ni siquiera hay agua para beber!» (Nm 20,2-5).

Más adelante, una nueva queja. El pueblo ha partido en esta etapa desde el monte Hor y nota de nuevo la fatiga y el peso del camino por el rodeo que están dando en torno al territorio de Edom. La queja es contra Dios y contra Moisés. En esta ocasión, unas serpientes venenosas causaron estragos, y el propio Moisés tuvo que ser una vez más intercesor a favor del pueblo:

Partieron desde el monte Hor camino del mar Rojo, rodeando la tierra de Edom, y en el camino desfalleció el ánimo del pueblo. El pueblo habló contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos habéis hecho subir de

El cansancio y el desánimo condujeron a la crítica contra el Señor y contra aquel que había recibido la responsabilidad de guiar al pueblo.

Egipto para morir en este desierto, donde no hay pan ni agua y nuestra alma no puede más con este alimento tan ligero?».

El Señor les envió serpientes venenosas que mordieron al pueblo, y murió mucha gente de Israel. Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: «Hemos pecado porque hemos hablado contra el Señor y contra ti. Ruega al Señor que aparte de nosotros las serpientes».

Y Moisés oró por el pueblo. El Señor dijo a Moisés: «Haz una serpiente venenosa y ponla sobre un mástil, y todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá».

Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso sobre un mástil, y si alguien había sido mordido por una serpiente, miraba fijamente la serpiente de bronce y vivía (Nm 21,4-9).

El cansancio y el desánimo condujeron a la crítica contra el Señor y contra aquel que había recibido la responsabilidad de guiar al pueblo. Cuando la gente comienza a experimentar las nefastas consecuencias de su pecado, acude a quien antes criticaba, para que interceda por ellos. Moisés, sin rencor alguno, lo hace movido por la com-

pasión. El texto presenta la difícil y hermosa tarea de aquellos, como Moisés, a quienes Dios pone al cuidado del pueblo, que han de soportar muchas críticas injustas y aprender a perdonar y a seguir trabajando por quienes les han sido encomendados.

Pero las rebeldías de aquellas gentes que habían salido de Egipto no cesan. Cuando están recorriendo el camino hacia la tierra prometida por Transjordania, acamparon en Sitín, en una nueva etapa, y se dice que allí

el pueblo se puso a fornicar con las hijas de Moab. Estas invitaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante sus dioses. Israel se adhirió así al Baal de Peor, y se encendió la ira del Señor contra Israel (Nm 25,1-3).

En los pasajes inmediatamente anteriores del libro de los Números se había dicho que Israel había salido victorioso frente a los ejércitos enemigos (Nm 21,21-35) y que el Señor había trocado en bendiciones los intentos de que el pueblo fuera execrado por Balaán (Nm 22-24). Sin embargo, cuando los israelitas deberían haber resistido ante la seducción de los cultos paganos, cedieron y se prostituyeron con las moabitas, tanto en sentido material, de unión fornicaria, como espiritual, de adoración a sus ídolos (Nm 25,1-15). También en este caso padecieron una terrible plaga (Nm 25,9).

c) UNA GENERACIÓN QUE «AGOTÓ» LA PACIENCIA DE DIOS

Hasta aquí algunas de las rebeliones de los hijos de Israel que salieron de Egipto narradas en el libro de los Números. Son los hechos de la primera generación que fue censada en el desierto de Sinaí. Los miembros de esta generación experimentaron la cercanía y protección de Dios en los acontecimientos del Éxodo. Sin embargo, durante su marcha hacia la tierra prometida, cada vez que tenían problemas murmuraban contra el Señor, por lo que llegó un momento en el que fueron condenados a no alcanzar su meta:

El Señor habló a Moisés y a Aarón diciendo: «¿Hasta cuándo soportaré a esta comunidad malvada que murmura contra mí? He oído las quejas con las que los hijos de Israel protestan contra mí. Diles: “¡Vivo yo!, oráculo del Señor: según habéis hablado a mis oídos, así os he de hacer. En este desierto quedarán vuestros cadáveres, todos los que fuisteis censados, todos y cada uno, de veinte años para arriba, los que habéis murmurado contra mí. No creáis que vais a entrar en la tierra que juré que ibais a habitar, excepto Caleb, hijo de Yefuné, y Josué, hijo de Nun. Pero a vuestros niños, de los que dijisteis que los tomarían como botín, los llevaré y conocerán la tierra que vosotros habéis despreciado”» (Nm 14,26-31).



Dios Baal. Museo del Louvre, París.

Una nueva generación se tiene que ir preparando, en medio de las asperezas del camino, para alcanzar por fin la meta prometida.

3. El segundo censo de los hijos de Israel

En el capítulo 26 del libro de los Números, el Señor pide de nuevo a Moisés y Aarón que hagan un censo de los hijos de Israel. Ha pasado una generación, con-

sumida en el desierto debido a sus pecados, y llega el momento de que la segunda generación, ahora censada, asuma su protagonismo. La fórmula con la que se cerrará el censo al final del capítulo, una vez que se hayan enumerado también los clanes levitas, deja constancia del cambio acaecido:

Entre estos no se encontraba ninguno de los que Moisés y el sacerdote Aarón habían inscrito cuando censaron a los hijos de Israel en el desierto del Sinaí, pues el Señor les había dicho: «Moriréis irremisiblemente en el desierto y de ellos no sobrevivirá nadie,



Ruinas de Persépolis (Irán).

excepto Caleb, hijo de Yefuné, y Josué, hijo de Nun» (Nm 26,64-65).

El comienzo es también muy significativo: «El Señor habló a Moisés y a Eleazar» (Nm 26,1). Es la primera vez que esto sucede. Hasta ahora, la frase análoga era: «El Señor habló a Moisés y a Aarón», pero Aarón ya ha fallecido y el sumo sacerdocio está en manos de uno de la siguiente generación. Moisés aún permanece, pero tampoco él llegará a entrar en la tierra prometida.

Las condiciones de los que han de ser incluidos en el censo, los varones mayores de veinte años útiles para la guerra (Nm 26,2), son análogas a las del censo con el que se abrió el libro de los Números. El orden en que se enumeran las tribus es también el mismo que en el primer censo, con la sola alteración en el orden de Manasés, que ahora pasa a ser mencionado inmediatamente antes de Efraín, cuando en el primer caso iba inmediatamente detrás (Nm 1,21-43). Tampoco en este caso se incluye junto con los demás el resultado del recuento de los levitas, sino que se sitúa luego, inmediatamente después. La diferencia más notable es que mientras que en el primer censo se dice que los miembros de cada tribu se habían anotado «por clanes y familias», pero sin especificarlos, en este caso se mencionan nominalmente esos clanes que constituían cada tribu. Hay una indudable relación entre los clanes que aquí se mencionan y los miembros de la familia de Jacob que entraron en Egipto y cuyos nombres se enumeraron en Gn 46,8-27.

A) UNA POBLACIÓN ALGO MENOR

El resultado del censo muestra una pequeña disminución en el número total, que baja desde los 603.550 del primer censo (Nm 1,46) a 601.730 (26,51). Más significativas son las variaciones en la población de cada tribu. Se constata un crecimiento importante de las tribus de Manasés, Aser, Benjamín, Isacar, Zabulón, Judá y Dan. Pero la más numerosa, en cualquier caso, sigue

siendo la tribu de Judá, lo que refleja su preeminencia cuando el libro de los Números tuvo sus últimas redacciones, hacia el siglo IV a. C., al final de la dominación persa.

B) UNA NUEVA GENERACIÓN FIEL AL SEÑOR

A partir del capítulo 26, en el que se presenta el censo de la nueva generación nacida en el desierto, ya no se menciona ningún episodio de rebeldía contra el Señor ni contra Moisés. Al contrario, se habla de fiestas religiosas, ofrendas para el santuario y leyes para que el pueblo que se va a establecer pronto en la tierra prometida pueda vivir de acuerdo con los planes del Señor.

También hay algún episodio narrativo de cierta extensión, como es la batalla contra los madianitas, en la que «lucharon contra Madián como el Señor había mandado a Moisés» (Nm 31,7). El resultado es muy llamativo:

Se acercaron a Moisés los que mandaban las milicias del ejército y los jefes de mil y los jefes de cien hombres, y le dijeron: «Nosotros, tus siervos, hemos hecho el recuento de los guerreros que estaban a nuestras órdenes y no falta ninguno de ellos; cada uno vamos a ofrecer como ofrenda al Señor los objetos de oro que hemos encontrado: brazaletes, pulseras, anillos, aros y zarcillos, para expiar por nosotros ante el Señor» (Nm 31,48-50).

El Señor los protegió, vencieron y consiguieron un gran botín, que ofrecieron al Señor, sin que se perdiera la vida de uno solo de sus hombres.

La nueva generación, cuyo censo abre la segunda parte del libro, es la constituida por quienes se habían ido criando en el desierto. Aunque quienes la integraban no habían sido testigos directos de gestas tan grandes como las que habían oído contar a sus padres, eran gente recia y fiel. Ninguno de ellos se perdería ni siquiera en las batallas que hubieron de afrontar, por lo que todos ellos entrarían en la tierra prometida.

4. Una invitación a reflexionar y a decidir

La mayor parte de los comentaristas actuales dan por hecho que la redacción final del libro de los Números tuvo lugar después del destierro de Babilonia, cuando el judaísmo estaba naciendo en la provincia persa de Yehud, en torno al templo reconstruido, en el marco de una sociedad que se reorganizaba recuperando sus orígenes. A la vez, en esos momentos ya había muchos judíos que vivían en la diáspora pero que seguían mirando con atención todo cuanto sucedía en Jerusalén. Las antiguas tradiciones sobre la constitución del pueblo en el Sinaí y su peregrinación camino a la tierra prometida, contando con la continua presencia y protección de Dios, aun en medio de las dificultades externas y de las infidelidades propias, tenían mucho que aportar, también en esa situación. Invitaban a reflexionar, a la luz de esos hechos, sobre las nuevas circunstancias en las que

se encontraban para adquirir experiencia acerca de los errores pasados y superar con esperanza, en el auxilio del Señor, las dificultades del momento.

Al lector de entonces, buen conocedor de las tradiciones bíblicas, y al de ahora se le presentan, pues, dos generaciones, dos modos de afrontar la vida, dos modos de reaccionar y comportarse, como invitándolo a reflexionar y decidir:

- ¿Eres tú de los que viven de recordar las acciones grandiosas del Señor en el pasado, pero que, pensando siempre en ti y viviendo solo de añoranzas, te vas a quedar por el camino?
- ¿Estás dispuesto a afrontar los nuevos retos que te salen al paso, a permanecer fiel, aunque no veas prodigios a cada momento ni se cumpla siempre lo que pides o deseas, pero manteniendo siempre la esperanza en Dios, como aquella generación joven que logró llegar a la tierra prometida? ■